

Ediciones
150
PIS
Bis tagre



James Cagney

CIUDAD DE CONQUISTADORES

Ann Sheridan



Ciudad de conquista

Magnífico asunto en que se pone de relieve la vida de la inmensa ciudad de Nueva York, con sus pasiones, sus miserias, sus luchas, sobre un maravilloso fondo sentimental

Según la novela de
ABEN KANDEL

Adaptación de
JOHN WEXLEY

Dirección de
ANATOLE LITVAK

Es una producción
WARNER BROS FIRST NATIONAL PICTURE

Distribuida por



Principales intérpretes: **James Cagney - Ann Sheridan - Frank Craven - Donald Crisp - Frank Mac Hugh - Arthur Kennedy**

EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — BARCELONA

Ciudad de conquistista

(SINTESIS DEL ARGUMENTO DE LA PELICULA)

Contemplando la ciudad inmensa desde uno de sus altos puentes, el pobre estaba absorto en su meditación cuando la voz del guardia le hizo volver a la realidad.

—¡Bingo... siga su camino!

—¿Qué camino?—preguntó el pobre, con una sonrisa resignada.

—¡A mí me da lo mismo, pero siga su camino! Tenga el que usted quiera, pero váyase pronto de aquí.

—¡Váyase pronto de aquí! ¡Esta es la hospitalidad de las grandes ciudades! Nadie se preocupa del que entra, ni del que sale. No hay carteles de bienvenida en Nueva York. Comensales de personas llegan todos los días a la ciudad, pero sólo reciben empujones y codazos y lo único que encuentran es un obstáculo en cada esquina. La ciudad me asusta... ¡Mira! ¡Siete millones de personas luchando, batallando con todas sus energías para le escuchando hasta llegar a la cumbre soñada... Llegan miles de gente por todas partes, navegando, sobre ruedas, a pie, a través de ríos, en el metro, por avión, a través y por debajo del río... Parece una plaga de langostas que invade la ciudad, viniendo de todos los países del Globo. ¡Siete millones de personas en constante lucha! Siete millones de personas separadas por un río y unidas por puentes... Se va desde el metro a los restaurantes sólo en diez segundos... Uno tiene mucho... otro tiene poco... ¡Esto es Nueva York, y yo conozco esta ciudad, porque tengo años y experiencia!

Obligado por el guardia, el pobre comienza a seguir su camino, cualquiera, porque para él todos son igual, porque busque a malus no pueden conducirle más que a su propia miseria. Cruza plazas, atraviesa calles en medio de una barahúnda colapsadora. La gente lucha, se bacia, se agita, lucha, marcha cada uno a su destino, menos él, que no tiene destino ni sabe dónde ir. El barrio por el que camina fortísimamente es de los más populares y de los más populares, hacen de gente miseria, de trabajadores que ganan con dificultad el pan de cada día, de gente que tienen hambre y se resignan y de miserables que se sobreviven como se pueden.

Un niño pequeño toma dos hojitas de la cruz de un repartidor de pan. El anciano le pone una mano sobre el hombro:

—¡Quieto, quieto, amiguito! ¿Cómo te llamas?—le pregunta.

—Yo no he hecho nada... no he hecho nada... Soy Gungi Sabatini, pero no he hecho nada—replica el niño, preso de pánico.

—Oye, Gungi, no debes robar pan... Puedes robar velos, echar mate a unos dólares o escamotearlos a miles... pero no debes robar pan.

—Pero... es que tengo hambre...

—¿Quién no tiene hambre en esta ciudad? Vamos... toma un panecillo para ti y otro para mí... y recuerda, Gungi, que si te ves precisado a robar pan en Nueva York, procura que nadie se tace... porque aquí todos tenemos hambre...

Algo andando entre una multitud que en nada se aparta, mientras que él lo ve todo. Ahora se encuentra ante un grupo de chiquillos en torno a un organillo. Una niña rubia y muy bonita baila con incomparable gracia en medio de toda aquella murga y miseria que la rodea.

—¡Qué ciudad!—susurra el viejo—. ¡Hasta en el ambiente hacen flores! No son flores y perfume también, porque dos chiquillos se han puesto a bailar por la gentil ballarina y rodean por el ambiente entrecorridos en una lucha terrible de la que sale triunfante uno de ellos, el que con mayor agilidad y más certeza y más fuerza ha descargado los golpes.

—¡Bravo, muchacho, has vencido! ¿Quién eres?—le pregunta el anciano.

—Soy Danny, el novio de Peggy. ¡Le defenderé toda mi vida como hoy!—replica el muchacho, lleno de orgullo.

—No podría encontrar mejor protector—susurra el pobre, siguiendo su marcha.

Ahora se encuentra con otro muchacho, Eddie, hermano de Danny, apartado del bullicio de sus compañeros, mirando al espectáculo con aire nostálgico, sin tomar parte en los juegos de sus compañeros.

—Ah... el algún día podría tener un piano!—le oye suspirar.

"Esa es Nueva York—piensa el anciano—. Su aire está impregnado de ambición; aquel niño quiere comer... Peggy sueña en ser una ballarina... Danny cree que podrá llegar a ser un gran boxeador... y este pequeño suspira por un piano... ¡Dichoso aquel que no crea en su destino y sabe abrirse paso saltando por encima de sus semejanzas hum-

dados en la madurez, luchando desahogado para salir de la oscuridad del anonimato y llegar a lo alto. Los principios pueden ser duros y la lucha encarnizada, pero con su destreza a estos niños... Gough podrá cobrar un camino a la vida... Los pies ligeros de Peggy le conducirán a la gloria... Danny sabrá abrirse camino con sus puños de hierro... Pero para ella hace falta que los aliente siempre el amor y la esperanza, esos dos grandes leños que iluminan y alientan a la humanidad."

El viejo se estuvo mirando a la multitud, como si se hubiera situado en ella, porque aquel viejo, más que un ser real, era como el alma de la ciudad, como su capriata, como su pensamiento.

Y el transcurso de la vida, el pasar de los años, fue dándole la razón.

* * *

Danny, el muchacho de los puños de hierro, se había convertido en un buen chofer de camión y trabajaba en el transporte de carga para utilidades, agitado por Matt, un compañero de juegos infantiles que no pensaba más que en comer y que ahora, transformado en un hombre alto y gordo, seguía siendo el mismo tipo de cacahuzos y almendras tostadas.

El muchacho de Matt, un niño al que se entregaba muy a menudo, era que Danny se transformara en un boxeador. Conocía la fuerza de sus puños y su gran habilidad y ya se veía a sí mismo convertido en el "manager" del ídolo del público. Si Danny fuera boxeador él sería quien le haría alentar y animarlo desde un ángulo del ring. Pero Danny no se dejaba convencer, aunque escribía a diario a la sala de gimnasia donde se enseñaban verdaderos arts del boxeo. Había con sus puños al halcón, saltaba a la cuerda, se sometía a todos los ejercicios propios de los profesionales, pero cuando alguien le ofrecía dedicarse a aquel deporte como medio de vida, resumía con una sonrisa de muchacho feliz y dulce que no, que le reportaba buenos ingresos su oficio de chofer, es el que podía hacerse viejo, mientras que la vida en el ring era muy breve.

Aquellas constantes negativas desesperaban a Matt, y desesperaban también a algunos que veían en los puños de Danny un magnífico medio de aumentar sus propios ingresos sin exponerse.

Danny se preocupaba con escuchar por radio los partidos de boxeo y seguir todas sus incidencias, mientras Matt, a su lado, se desesperaba de tener que limitarse a aquella actitud pasiva.

—¡Y con tanto poderazo ganas diez mil dólares en una noche!— murmuraba Matt, mientras escuchaba al locutor.— Vámonos, Danny, déjate que desahogues. Yo no quiero hacer de estudiante de chofer de camión toda la vida. ¡Tengo otras aspiraciones!

Danny se reía y volvía a su casa contento de su trabajo, esperando

encontrar a Peggy por la mañana y sentarse en un pedacito a charlar con ella un buen rato. Aquel era el mejor momento de todo el día. Peggy volvía del salón en el que bailaba, cuando él regresaba de observar el camión en el garage. Peggy estaba muy delgada, pero cada día estaba más bonita. El baile le iba estilizándose, pero ella seguía bailando, cuando Danny le decía que se iba a dormir el muchacho bailando como un apesado comer.

—Prefiero bailar a tomar. ¡Más pesada resulta viajar en el metro para llegar hasta aquí! Van más cómodas las sardinas de lata, porque al menos ellas flotan en aceite.

Charlaban un rato, embriagados los dos en su propia charla. Hacían proyectos para el futuro y Danny hablaba siempre de cuando le comenzarían el jornal, como si quisiera significar que para entonces haría a Peggy una bonita proposición matrimonial.

Luego se separaban y cada uno entraba en su casa. Peggy a discutir con su madre, que no quería tener relaciones con aquel pelagato, teniendo como hijo, la fortuna en sus pies. Danny a escribir a su hermano que se pasaba horas y horas ante el piano, aquel piano en el que había soñado desde niño y que a fuerza de ahorrarse y sacrificios había conseguido comprar. Tocaba Eddie sin descanso, arrebatado por la inspiración, arrebatado por la armonía que fluía de sus dedos maravillosamente.

—Un día terminará esta composición— decía Eddie, ensimismado.— La moveré en la Academia de Nueva York, la canción de la Isla Mágica, la Ciudad por conquistar... Una sinfonía completa de la ciudad con toda su belleza magnífica y deslumbrante y su eterna felicidad; con su poderío y su aterradora misteria; con sus diez millones de habitantes y su eterna soledad... El público le llamará "Una Nota", recordando sus palabras, sus barros bajos y populeos, sus alfileres, sus anillos de vida y de luz... y luego descubrirá los coros... y la historia de aquellos que lucharon contra los vertiginosos alturas, pero cayeron desahogados, trancados, vencidos... Y en contraste conmigo las notas hablarán de los que viven en los pozos inundados, pero que trabajan y luchan para llegar a la altura y, cuando creen haber alcanzado la cima, se dan cuenta de que encima de ellos todavía están los estratos...

Eddie hablaba, al propio tiempo que sus manos ejecutaban el teclado arrojándole maravillosas armonías. Y Danny le escuchaba complacido, seguro de que un día su hermano haría su vida.

Pero en la casa había falta de dinero, porque el jornal de Danny no alcanzaba para cubrir gastos y los estudios de Eddie se reportaban en un cúmulo.

Por esta razón, un día en que Danny y Matt asistían a un partido de boxeo y quedó fuera de combate al primer round uno de los luchadores, Danny se ofreció para sustituirlo, anunciando al público desde el cuadrado del ring, que iba a aparecer ante el público, por primera vez, el "Joven Benón", que en aquel momento ingresaba en el boxeo profesional.

En primer lugar fué rotundo y los mejores empresarios se disputaron su preferencia, pero él miró una foto del que fué su gran bailarín y era ahora un infeliz incapaz para gozar la vida.

—Ahora ya he ganado unos dólares y si esa sirve para bailar, pero no me interesa seguir por ese camino. Podría conducir mi camino, que es más seguro—les decía.

—Éres un chico exigente. Tienes las costumbres de un gran bailarín, pero no te gusta bailar. Te garantizo quinientos dólares si lo haces.

—Será así... que yo me siento el dinero... Ni por esa suma ni por ninguna voy a convertirme en un profesional... Conozco a muchos pobresitos llenos de fama y prestaciones, que están ahora enfermos y avergonzados, aislados por completo. Entre un millón uno solo consigue la gloria y los demás están como moscas... ¡No, gracias, prefiero seguir satisfaciendo mi condición!

No lograrán convencirme. Había tomado parte en aquel concurso por ganar unos dólares para su hermano, pero no le interesaba la profesión.

Por la noche fué al salón donde Peggy bailaba, le invitó a cenar y bailar un rato, pero Danny le hacía tan mal que había Mint, que siempre le acompañaba, como si fuera su sombra, se levantó de él.

—Parece un cast! Le haces mejor en el ring que en la pista—le dijo.

Peggy se rió; verdaderamente con Danny no ganaría nunca un concurso, pero no le importaba.

En cambio aquella tarde una gran importancia para Murray, un profesional del baile, un "viejo" del baile, que, dándose cuenta de las pocas facultades de la muchacha, quiso hacerla lucir y conseguir ganar la copa que ostentaba aquella noche y que había de ser sólo el premio de un verdadero baile. A Murray le faltaba una buena pareja, y aquella pareja tenía que ser, necesariamente, la muchacha que bailaba con aquel "este despreciable", como calificaba en su fuero interno al "dandy" al bailar.

Le pidió que le conociera un baile. Peggy consultó a Danny y éste aceptó, si no de muy buena gana, con galantería porque conocía bien la afición de Peggy al baile.

El jurado calificador se fué punto en aquella pareja extraordinaria. Peggy parecía tener alas en los pies. Seguirá doliéndose todos los días los pies y manos que Murray tocaba. Fueron increíbles parejas, unas tras otras, hasta que quedaron completamente solos Peggy y Murray, a los que fué entregada la copa, premio del concurso.

Pero aquella copa quedó destruida sobre la cabeza del propio Murray que se puso muy impertinente al acompañar a Peggy a la mesa donde Danny le aguardaba; se abrazaron primero en palabras; luego pasaron a los besos y como Danny despreciaba ciertos profetismos haciendo alarde de su voz de pícaro, Mint rugió la copa de manos de Peggy y la volvió sobre el cráneo de Murray, arrojando así a su amigo por el no hacer bastante sus pines de hierro.

Al regresar a casa Danny se excusó.

—Sépero que no te haya disgustado conmigo, Peggy... No me importó que bailaras con él, pero no podía tolerar su lenguaje... ¡Te respeté demasiado!

—Si... es un insolente... Lo único que sabe hacer es bailar—replicó Peggy, pensando en los maravillosos que resultaba bailar con él y en las posibilidades que le ofreció para triunfos como pareja de baile profesional.

Cuando los dos jóvenes se separaron, Peggy corrió al teléfono para poner de acuerdo con Mint y comenzar seguidamente las locuras de baile... ¡La tentación había triunfado ya en su alma y difícilmente podría desatarse de ella!

Al día siguiente, mientras Peggy corría al domicilio de Murray, Danny andaba a toda marcha en camino para no llegar tarde al trabajo y estuvo a punto de atropellar a un individuo que se abrió rápidamente del suelo a tiempo que el chófer frenaba con fuerza.

—¿Se ha caído usted que es el dueño de la carretera?—le preguntó el peatón.

Se miraron y momentos desahucándose y Danny exclamó, estando de pie sobre un alfiler:

—¡Pero si es Quogit! ¡El gran amigo!

Se estrecharon las manos efusivamente. Quogit había jugado con Danny en la calle y seguía siendo aquel muchacho infantil, con cara de hambri, que no conseguía trabajar, que estaba al borde de la desesperación.

—Quiero dinero—añadió—y lo tendré a cualquier costo... ¡Estoy dispuesto a romper la cabeza al que lo haga imprescindible!

Danny le llevó con él en el camino y, al terminar el trabajo, a su casa. No podía dejarle en medio del camino. En su casa había compañía a Eddie y escucharía sus consejos. Para Danny aquella música era capaz de apagar todos los odios y de mitigar todos los dolores.

Aquel encuentro había hecho olvidar, por unos minutos, la angustia que atormentaba al corazón de Danny que no hacía más que pensar en Peggy y en aquel martirizado difuntado de caballero, de aquel bailarín profesional que la había sabido conquistar y se la llevaba con él a todos los concursos de baile siempre en espera de un buen contacto como pareja profesional para actuar en algún cabaret o restaurante de lujo o, mejor todavía, en el escenario de un gran teatro conocido por la alta aristocracia.

Eddie era el único que conocía el secreto de Danny. Estaba seguro de que su hermano seguía seriamente enamorado de la gentil criatura que se dejaba deslumbrar por la luz frías de los focos lamerosos de las pistas de baile.

Cada mañana Peggy entraba a saludar a Danny antes de que éste saliera para el trabajo, pero Danny se mostraba con ella burlesco y refulso hasta que la chiquilla le hacía olvidar su mal humor con sus miras y sus palabras de aliento y de esperanza.

—¿Se puede llegar a ser una gran bailarina-de salón-y que actuara en algún teatro de Broadway... Pero está un impide que se quiere a ti, Danny.

—No necesito bailar ni actuar en los teatros, si me quieren de veras. Podríamos ser muy felices sin necesidad de nada, una casa... casados y viviendo modestamente, como han vivido nuestros padres...

—Oh, no, sería horrible pagar Brando la casa que han heredado ellos! Siempre pobres, siempre luchando, queriendo conseguir un trabajo en un día... Danny, ¿qué que hacemos si a por muy distintos cosas. Yo quiero hacer algo, ser algo, salir del mundo pequeño de Nueva York. Y para ello hay que ser ambicioso, pensar al "fuera" sea en lo que sea.

—Yo sólo quiero ser feliz... y la felicidad solamente se halla en el verdadero amor—le contestó Danny. Y luego, reaccionando y mostrando sus dudas, añadió:

—También yo puedo triunfar con estos dos "primos"... (También puedo yo salir del mundo pequeño! También yo puedo ganarme dinero... si tú me prometes ser siempre mi novia, para la que soy).

—La primera, Danny, para lo que pase será siempre tu novia—añadió Peggy.

Ahí fue como Danny se destacó al banco como un perfecto profesional. Fue al momento de Scotty, el gran empresario, y le dijo que estaba dispuesto a todo con tal de ganar dinero, mucho dinero y de poder multiplicarse rápidamente.

Mientras él buscaba y se iba creando un nombre, Peggy aceptaba un largo contrato con Murray para crear por todas las plazas de Estados Unidos. Ensayaba a diario nuevas poses y marchaba de un lado a otro haciendo sus exhibiciones que cada vez recibían nuevos y apasionantes triunfos.

Danny también triunfaba con el nombre de "Josef Bédou", conocido ya en todos los círculos deportivos y celebrado por todos los espectadores y comentaristas en aquel espectáculo tan en voga y tan proporcionalmente pingües ganancias.

Un día sus sorprendidos, al momento con la sus casadas singulares, por Google, vestido de perfecto caballero, que entraba a presentarle a unas chicas elegantes. Tanto el "caballero" como las "chicas" parecían bien a las claras que no era precisamente entre la aristocracia en donde se desarrollaban sus actividades. Lo recibían, le felicitaban y le comprometieron para actuar a una gran fiesta que iba a darse y en la que, como Danny había exigido, se llamaría Eddie vendría a hacer su arte como compositor y ejecutor al piano de sus propias obras.

Acedió el píjil a la fiesta con la ilusión en el alma, pero su mayor y principal anhelo era que Eddie lograra triunfar y él estaba seguro de que había de triunfar un día con sus melodías maravillosas.

Pero no fue precisamente entre aquel público que en esa ocasión. Aunque Duggi le presentó como un excelente compositor la gente se aburría pronto de aquella música tan seria y convencional a hablar y a actuar

sin hacer caso alguno de la música de Eddie que, desalentado y melancólico, comenzó a tocar el mismo tipo del "wing" y lentamente con el tiempo atravesó la atención de toda aquella gente dispersada que se aglomeró en torno al piano entusiasmada por aquello que Eddie se estaba haciendo.

En vano Danny quiso ganar a su hermano. A Eddie le parecían que aquella era el fin de sus esperanzas y salió desalentado por completo de aquella reunión a la que fue con el alma llena de llanto.

Habían pasado algunos meses cuando reiniciaron Danny y Peggy en una misma ciudad, ella en sus "actuaciones" de Broadway, él en sus correrías como el píjil más solicitado en todos los escenarios de importancia.

Danny fue a visitar a Peggy en su propio apartamento. Tenía ganas de verla y de recordarle la promesa hecha un día de que pasara lo que pasara, siempre sería su novia. Además, quería decirle que también él había estado ya del momento y que su nombre era conocido y admirado.

Pero ya en aquella época Murray, la pareja de baile de Peggy, había adquirido sobre ella una ascendencia de tirano. Le trataba con dureza, le hacía sentir su superioridad, no le consentía que le pisara el terreno en la pista y era su nombre, el de él, el que lucía en los cartelones, anunciando a la muchacha con su título duro y su despectivo proceder.

Por eso cuando a Murray no le gustó que Danny fuera a visitar a la muchacha. Comenzó a dirigirla palabras amargas, dicias en tono seco, hasta el punto de separarse a Danny de tal forma que éste se apresuró, sin darse cuenta de que Peggy se interrumpió entre los dos y de que en medio de bien trataba el hombre de la muchacha que tenía un granido de angustia.

Como él conociera, Municipalmente, podría decirse; pero la mirada de Murray la había desafiado y, expresando sus sentimientos, desafiándolo en dolor, abrió la puerta del apartamento y obligó a Danny a partir, fingiendo levemente ofendido con él, para evitar una nueva cita entre los dos hermanos.

Murray fue a abrazarla para agradecerle la actitud adoptada frente a su rival, pero Peggy le contestó más que con frialdad con odio contenido:

—¡Quítame las manos de encima! ¡No intentes tocarme! ¡Déjame sola!—le gritó.

Y al verse sola, cayó en combato y volvió al momento de Danny. Dieron un largo paseo en auto y él la acompañó hasta la puerta del local en que ella estaba, diciéndole para recordarle el día siguiente en un restaurante popular en donde celebrarían su compromiso formal para

corre en cuatro semanas terminado su contrato con Murray, al cabo de dos semanas.

Pero el destino iba a desbaratar aquel maravilloso proyecto. Al entrar Peggy en su cuarto se encontró a Murray con otros caballeros con quien discutía acerca de un nuevo contrato, un contrato maravilloso para las mejores ciudades de América del Sur y luego Europa. Murray le explicó a Peggy los nuevos planes de baile que a la sola idea del contrato se la había ocurrido y le tomó un todo el día de un porvenir ahorrador.

Cuando al día siguiente se encontró con Danny en el restaurante mientras con baile al otro lado, Peggy se había firmado aquel nuevo contrato, olvidándose del compromiso que con él había concertado y que ahora venían a celebrar. Estaba un poco triste, pero su tristeza se desvaneció ante el éxito que obtenía por el solo hecho de presentarse en público con Danny, al que pronto reconocieron todos como el "Joven Sencero". También la reconocieron a ella y lo obligaron a bailar, después de haberla presentado al público desde el momento de la izquierda.

Fue una noche feliz para Danny, que no acertó a comprender por qué al despedirse de él, Peggy se había ido llorando.

El volvió a su casa desoladísimo, y bromó con su querido hermano. Quien quedara con un aspirador de polvo que un vecino le dio a ofrecimiento, se ocupaba en armonizar las difíciles composiciones de Béate y hacía todas esas pequeñas lecturas que cometen todos los estudiantes en algunas de boda.

Pero unas breves líneas de despedida que el correo le trayó hicieron desaparecer todas sus ilusiones; Peggy le decía adiós, anunciando que su nuevo contrato la ligaba a Murray y que nunca podría hacerle a él fallar, porque el baile era más fuerte que todo en ella y la arrastraba hacia la celebridad.

Danny se dio como al el mundo se desplomara sobre él. Si Peggy quería celebridad también él la conseguiría, aunque fuera a costa de su propia vida. Y pidió a Scotty que le cobrara el más gilerrit de todos los alrededores.

Scotty también podía enfrentarlo con Cannoball, pero sabía que ésto era tramposo, que no jugaba limpio, y temía por su patrocinado, porque Scotty tenía cariño a Danny y no hubiera querido enfrentarlo con aquélle cara.

—Necesito el triunfo, Scotty. Quiero ser Campeón. No se arrebatar el título a Cannoball—insistía Danny.

Y Goggi, que le ayudaba porque tenía confianza en Danny y estaba seguro de que podría ganar una buena suma con las apuestas, le ayudó a convencer a Scotty.

—Está bien... cuando con ese combate—dijo Scotty, al fin, accediendo. Muíte ahora a Goggi, a Danny, a Scotty, loco de alegría, seguro del triunfo (Serán Campeones!) (No faltaba más!) Danny ganaría y, ganando Danny, él se hacía también Campeón.

El día del combate todos estaban nerviosos, todos menos Danny. Tr-

nia la en el mismo y, sobre todo, estaba dispuesto a arrebatar a Cannoball el título de Campeón para arrojárselo a los pies de Peggy, que le había abandonado sólo por la ambición de llegar a ser conocida. Así se demostraba que también él sabía estar a conocer, siendo siempre del y en amor.

La radio retransmitió las incidencias del combate, que pronto se volvió a interesante.

No se tenía duda de que Peggy actuaba en seguida con interés aquella retransmisión. La muchacha estaba angustiada, interesadísima, arbolando, pero Murray le llevaba a cada rato para que no pudiera escuchar. Salía a escena y bailó como una automática. Un extraño presentimiento le hacía temer alguna desgracia. Tenía la seguridad de que Danny se había lanzado a aquel combate como reprobado por su abandono.

Danny aguantó bien los primeros rounds. El combate era difícilísimo, pero su fuerza y su agilidad le hacían vencer.

—¡Tiene gracia!—le dijo a Muir en uno de sus breves descansos—. Aquí me tienes luchando para ser el campeón del mundo... ¡yo que no quería ser boxeador!

—Atiende que fuerza y ya verás como el título te impo—seguro Muir. Danny sonrió con satisfacción; si le importaba el triunfo era por Peggy, no por él.

Significó el combate. Era una lucha encarnizada. Danny pegaba bien y las apuestas iban creciendo a su favor, alentadas por Goggi que excitaba a toda la sala a apuestas cada vez mayores. Estaba rodeado de sus amigos y de la banda que iba a favor de Cannoball. El ambiente de todas ellas era inquietante y sombrío. Todas eran caballeros de industria y se comprendía fácilmente que las apuestas tenían un doble fin en el que se jugaban muchos miles de dólares.

Pero de pronto, Danny comenzó a vacilar. Algo extraño le pasaba. Los ojos le caían de un modo extraño y no acertaba a ver con claridad lo que ocurría en el ring. Pegaba a ciegos. Sus amigos seguían con ansiedad las incidencias mientras sus enemigos se lanzaban palabras de insulto y de satelización, para ya calzar por seguro que tenían ganadas las apuestas y que la derrota de Danny iba a ser total.

Cannoball, como siempre, había usado de sus malas artes para vencer, pensando en sus grandes patenas de revista y dando continuas palmadas a los ojos de su adversario.

—Voy a suspender el combate ahora mismo—le dijo Scotty en uno de los descansos, viendo que Danny estaba casi ciego y que no podía sentir más—. ¡No debí dejarte luchar contra ese tramposo canalla!

—No, no, Scotty, por favor, no haga eso!—suplicó Danny—. Necesito ganar. ¡Presúmeme que no suspenderá el combate!

Concluyó la lucha cada vez más encorvada y terrible, porque Danny, ciego por completo, sólo recibía golpes sin acertar dar ni uno. El público estaba loco y chillaba con todos sus fueros. Goggi comprendía que había perdido la partida y que sus subversivos iban a vanjárselo. Los ánimos estaban cada vez más tensos y el locutor de radio gritaba a toda voz las

incidencias del combate que Peggy iba siguiendo con el alma desgarrada por el remordimiento y la angustia.

Danny fue vencido. Agitado por las golpes, siego por los golpes que habían introducido en sus ojos, se agachó en Scotty, que le sostuvo en sus brazos murmurando:

—Han sido... Hemos sido todos como criminales... (Max introduciendo golpes de resaca en sus ojos y por eso...)

—No se preocupe, Scotty... yo me encargo de estos trabajos...—murmuró Gogol, indignado.— ¿Qué? ¿Qué de Danny...?

Cuando fue a entretenerse con los jugadores partidarios de Campbell, pudo disparar contra uno de ellos y matarlo... pero cuando ya estaba ganada la partida una bola voladora le hirió en pleno pecho y cayó para no volver a levantarse más, murmurando:

—Esto todo que pasamos tranquilamente a mí...

Danny fue internado en el Hospital. A fuerza de muchos cuidados y devociones se consiguió que no quedara siego por completo. Scotty procuró que nada le faltara, corriendo con todos los gastos, y vivió que Peggy sintiera a veces porque no quería que la muchacha acabara de arruinar aquella vida.

—Usted es el culpable de todo lo que ha ocurrido, y en Campbell. El golpe que recibió de usted fue mucho más fuerte que todos los que recibió en el ring. Usted le ha hecho a Danny una de las peores jugadas de que son capaces las mujeres y no consentiré que le haga otra... No quiero que le anime con esas palabras carísimas y vuelva a dejarse con el corazón destrozado.

Peggy tuvo que alejarse de allí sin verlo, pero también ella se fue con el corazón destrozado. Pasó horas de lucha, de hambre, de dolor. Abandonó a Murray y anduvo sin rumbo por la gran ciudad, hasta que el hambre le obligó a aceptar un empleo insignificante en un teatro, amputada por otra mujer que trabajaba allí y que, como ella, había conocido aquellas terribles venturas de hambre, de angustia, de desolación, de abandono, de soledad.

* * *

Y pasaron los meses... pasó la vida... el río de la existencia se fue dedicando arrastrando en sus aguas gestiones, esperanzas, ilusiones, amores, glorias, desesperaciones... todo en revuelto torbellino hacia la nada.

Danny no se avergüenza a vivir sin trabajar. Había trabajado toda la vida. Además, no quería depender de Scotty que le favorecía y velaba por él. Fue a hablarle:

—No puedo seguir así, Scotty. Necesito todo lo que usted hace por mí, pero necesito trabajar... en lo que sea, en cualquier cosa... Me queda ahora demasiado tiempo para no hacer nada y para pensar.

—¿En Peggy?—preguntó Scotty con tristeza.

—Necesito trabajar... es lo que sea—murmuró Danny—. Cuando era niño vendía periódicos... puedo volver a hacerlos...

—Es una buena idea, Danny—dijo Scotty, sonriendo.

Y al poco tiempo Danny tenía el puesto de periódico más importante y mejor vendido del barrio más populoso de la ciudad.

Danny renació a la vida. Volvía a ser un hombre normal, sin grandes aspiraciones y sin grandes luchas. Trabajaba, ganaba un pan de cada día y se sentía regociado. Sólo se acordó de Peggy cuando su alma se una una nube de melancolía, pero el recuerdo doloroso se iba haciendo paz en su corazón. Vivía de aquel amor que fue imposible y erróneo en aquella felicidad que no pudo alcanzar.

Y pasó todavía más tiempo. Y llegó la hora del reinado para Eddie, el hermano de Danny, el compositor que había conseguido llegar a la cumbre y que iba a dar a conocer, en un gran concierto, su obra maestra, aquella "Sinfonía de la Ciudad" que tantas veces ensayara ante Danny, que siempre le alentó y ayudó para que continuara por aquel camino.

No quiso Danny asistir al concierto. Preferió escucharlo desde su puesto de periódico, a través del receptor de radio que Scotty le había regalado. Se encamó la día a Matt, su eterno compañero, que ahora le ayudaba a vender periódicos, como le había ayudado a conducir el tambor y a luchar en el ring.

La Sinfonía empezó un tanto resaca. El público, en pie, aplaudió sin cesar al compositor. Hizo copl otros momentos de silencio y, con la voz emocionada, temblorosa, empapada en gratitud y en amor, dijo a todos las palabras:

—Célebres y valerosos: creo que en la vida de todo hombre existe un momento culminante. Para mí este momento ha llegado ahora, no sólo por la generosa acogida que ustedes han dispensado a mi sinfonía, sino porque puedo disfrutar y compartir este momento con alguien cuya contribución en esta sinfonía es superior en todo a la que yo le aporté... Mi sincera y le realicé por mi hermano... Él fue quien me inspiró la música que han oído ustedes esta noche, porque la historia de su vida fue una de las tantas historias de la gran ciudad que yo canté en términos musicales. No, mi hermano no es ningún músico... pero en el fondo de su corazón hay una gran sintonía musical, música de la gran ciudad, música que le condujo al granado de la gloria, pero arrastrarle luego a la desgracia y al fracaso. Pero así en su última me abandonó al reinado, porque de cuantos hombres he conocido en la vida que triunfaron y cayeron derrotados, fué de los pocos que han conseguido una gran nobleza, que resistió a cualquier posible conquista. Mi hermano hizo música con sus sufrimientos... para que yo pudiera hacer una música más suave y grata al oído... La sinfonía que acaban de escuchar es tan suya como mía. Y por ello, con profundo orgullo y gratitud, dedico esta sinfonía a mi hermano, conocido por todos ustedes con el nombre de "Joven Sinfonía..."

De la galería alta partió un sollozo roncante y una mujer salió

curiosidad de la sala. Era Peggy que había asistido al concierto y que, satisfecha llevada por el impulso de su corazón de mujer, marchaba al encuentro de aquel a cuya desgracia había contribuido y al que quería dar la felicidad que le había robado.

Como vino cerca de él, le preguntó extraña de alguien que no le hablaba.

—¿Qué periódico deseas?— preguntó, llevada por la farsa de la costumbre.

Pero al no encontrar contestación ninguna, fijó su vista sucesivamente y siguió se fue dibujando en las líneas de sus ojos, algo que había en el mundo entero y que adquirió la forma de una mujer.

—¡Peggy!... ¡Peggy!...— murmuró.

—Denny!— volvió ella.

—No Denny, criatura... Siempre estuve segura de que un día pasarías por aquí y me verías... porque... porque siempre has sido mi novia... pero lo que pasó... y pasó de todo y contra todo... siempre has sido mi novia.

—¡Oh, Denny!... ¡Oh, siempre, siempre... y ahora para siempre!— dijo Peggy, abrazando a Denny con pasión.

La voz de la ciudad... aquella voz que llega a través de los techos del viejo madrilán, anuncia un dolor y un masclandor!

—Es algo horrible... Siempre dije que en la ciudad vibra un corazón... No la hallaría en ninguna guía ni en ningún mapa... pero también, hay amor en Nueva York... yo se lo aseguro porque yo nunca dejo la ciudad y porque tengo mucha experiencia.

Números publicados:

Precio 1 peseta:

El signo del Zorro. — El libro de la selva. — ¿Qué verde era mi valle! — El hijo de Montecristo. — El capitán cautela. — Estudiantes en Oxford. Cumbres Borrascosas. — La jungla en armas. — El ladrón de Bagdad. — Marineros a la fuerza. — Eunu-

ralda, la zingara. — Tarzán y la Diosa. — La quimera del oro. — Hace un millón de años. — El alegre bandolero. — Texas. — El hijo de la furia. — La tía de Carlos. — ¿Qué par de locos! — Guadalupe. Jack, el Destripador.

Precio 1,50 pesetas:

El cielo y tú.



Peggy y Danny chelaban un beso...



En primer hito fue coronado...



Y los señores empresarios se disputaban su preferencia, pero él mostró una foto del que fue un gran boxeador y era claro un infeliz.



Mickey, un profesional de baile, se dio cuenta de los terribles facultades de la muchacha.



Fueron eliminándose parejas...



...y la copa fue entregada a Pezzy y Murray, ganadores del concurso.



Murray se puso muy impertinente al entregarle a Pezzy la copa.



...de las palabras, pasaron a los hechos.



—Lo prometo, Danny, pero lo que pasa será siempre tu suya...



Peggy aceptó un largo contrato con Murray.



Katayaba a última nueva foto...



Le cobraron, le felicitaron y lo compraron para asistir a una gran fiesta.



Gaugi presentó a Eddie como un colega compuesto.



...al ritmo lento del swing logró atraer la atención de toda aquella gente.



Petty se involucra entre los dos.



Quiso él ocuparla, disculpase, pelirrojo perdon.



Abrió la puerta del camerino y abrigó a Danny y a Betty.



—¡Déjeme ir!— le dijo a Nancy, con una sonrisa.



Cuando el día siguiente se encontró con Danny en el restaurante.



Los presentaron al público desde el estrado de la orquesta.



—Necesito el triángulo, Scotty. Quiero ser simpático.



El día del combate todos estaban serios; todos menos Denny.



¿Qué cosa le esperaba de un modo atroz y no acertaba a ver con claridad lo que ocurría en el ring.



La valía griega le reía con las insidias del camión que FRESH iba siguiendo con el alma desgarada por el recordatorio.



Danny fue internado en el hospital.



—Usted le ha hecho a Danny uno de los peores jugados de que sus amigos hac mujeres y no contental que le haga otra...



—Necesito trabajar... en lo que sea. Cuando sea más vendia perdidos...



...amparada por otra mujer que como ella había conocido el hambre, la desolación, el abandono, la soledad.



...aquella "Sinfonía de la Ciudad" que tantas veces
escuchó ante Daxot...



...que siempre le alentó y ayudó para que continuara
por aquel camino.



Preferió quedarse en su puesto de periódicos y escribir



La sinfonia obtuvo de él su resonancia.



